

EVELYN WAUGH (1903-1966). UNA SEMBLANZA*

A los veinte años de su muerte, la figura del novelista inglés Evelyn Waugh se agiganta cada día más. Casi toda su obra ha sido traducida ya al castellano y a otros idiomas, lo que permite a una multitud creciente de lectores paladear la sutil ironía y la maravillosa descripción de ambientes que este escritor inglés supo introducir en el mundo de la literatura. Es la hora de valorar de nuevo la vida y la obra de Evelyn Waugh, de acercarse a sus temas más queridos, de iniciar la lectura de sus novelas.

Muchos españoles conservarán aún en su memoria imágenes de la serie transmitida por televisión en 1984 bajo el título *Retorno a Brideshead*. Realizados con singular poder de evocación, los once episodios recogían detalladamente el hilo argumental y los llamativos retratos de caracteres de una de las novelas más célebres de nuestro siglo: *Brideshead Revisited*, escrita en 1945.

Su autor, escasamente conocido en nuestro país, es ahora objeto entre nosotros de una especie de recepción literaria, provocada por la producción televisiva inglesa y por el influjo simultáneo de un renacimiento de interés hacia la persona y la obra de Evelyn Waugh, patente desde hace unos años en el mundo cultural de Occidente. La reciente publicación de sus cartas, diarios y ensayos¹, así como la reedición prácti-

* Publicado en «Nuestro Tiempo» 382 (1986) 102-117.

1. *The Letters of Evelyn Waugh*, ed. M. Amory, London 1980; Harmondsworth (Penguin Books) 1982.

The Diaries of Evelyn Waugh, ed. M. Davie, Boston 1976.

The Essays, Articles and Reviews of E. Waugh, ed. D. Gallagher, Boston 1984.

Es de gran interés la colección de recensiones a los libros de Waugh publicada por M. Stannard bajo el título *Evelyn Waugh: The Critical Heritage*, Routledge and Kegan Paul, London 1984.

camente completa de las novelas, biografías y libros de viajes atestiguan que Waugh es un escritor de nuevo en alza, tanto fuera como dentro de España².

Es cierto que nuestro autor nunca ha pasado inadvertido a los críticos españoles³, pero el gran público culto de habla castellana no ha tenido ocasión de asomarse suficientemente a la vida del escritor que en el sentir de muchos es el creador de la novela contemporánea.

Arthur Evelyn St. John Waugh nació en Hampstead, Londres, el 28 de octubre de 1903. Era el segundo hijo de Arthur y Catherine Waugh. Crítico literario y «hombre de letras», el padre dirigió por largo tiempo la editorial Chapman & Hall. En los siete primeros años de la vida de Evelyn, fue para el hijo una figura relativamente secundaria. La atención y el afecto del niño se concentraban en la madre y en la *nurse*, Lucy Hodges. «Veo todavía mi primera edad —escribe Evelyn en 1964— como un paraíso —cálido, brillante, sereno y de contornos indefinidos—, vivido en feliz conformidad a la ley de dos adoradas deidades, mi niñera y mi madre». (*A Little Learning* —autobiografía escrita en 1964— p. 29; citada en adelante *LL*).

La influencia de Lucy en la vida de Evelyn difícilmente puede ser exagerada. La joven mujer significó entre otras cosas para el niño un encuentro con la religión, no fugaz ni disperso sino mantenido y coherente. «Era asidua lectora de la Biblia. Leía seguido sin omitir nada... La lectura le llevaba seis meses y entonces retornaba al Génesis y volvía a empezar. El volumen mismo era para ella objeto de veneración, lo manejaba con especial cuidado y nunca colocaba encima ningún otro libro» (*LL* 30).

En 1910 se abre para Evelyn un mundo nuevo en la escuela preparatoria de Heath Mount, a la que irá diariamente hasta 1917. El alumnado no sobrepasaba los 60 niños, muchos de ellos capaces de toda crueldad infantil. Eran atendidos por un director aceptable —Mr. Gren-

2. Se han traducido al castellano, entre otras, las siguientes novelas: *Decline and Fall*: «Decadencia y caída»; *Black Mischief*: «Merienda de Negros»; *Scoop*: «Noticia Bomba»; *A Handful of Dust*: «Puñado de Polvo»; *Put out more Flags*: «Más Banderas»; *Brideshead Revisited*: «Retorno a Brideshead»; *The Loved One*: «Los Seres queridos»; *The Ordeal of Gilbert Pinfold*: «La Odisea de G. Pinfold».

3. Los estudios más importantes son los siguientes: N. AGUIRRE DE CÁRCER, *La novela católica en la Inglaterra actual*. 1: Evelyn Waugh, «Arbor» 37 (1949) 81-93; C.L. ÁLVAREZ, *Evelyn Waugh*, «Punta Europa» (mayo 1959) 29-31; C. OSETE, *E. Waugh, humorista serio*, «Eidos» (enero-junio 1961) 71-83; B. MENCZER, *E. Waugh, Caballero de antaño*, «Nuestro Tiempo» 143 (mayo 1966) 491-495.

fell— y un cuerpo docente de escasa valía. «Siempre que era contratado un profesor más incompetente de lo normal —explica Waugh— Mr. Grenfell hacía un llamamiento a nuestra clemencia» (LL 85).

Heath Mount es a pesar de todo el lugar donde nuestro héroe, que es un chico despierto y cariñoso, desarrolla una respetuosa curiosidad hacia la vida y las personas y hace sus pequeñas experiencias religiosas, muy en continuidad con el ambiente del cuarto de juegos presidido por Lucy. Le interesa, sin embargo, el Anglo-catolicismo, encuentra aburridos y tristes los servicios *Low Church* y a partir de 1914 le atraen en cambio las funciones litúrgicas de una iglesia cercana a cargo del anglicano Basil Bourchier. El Reverendo Bourchier ama la riqueza y el color de los ritos, y en medio de una cierta extravagancia de formas consigue introducir en un ambiente de misterio religioso.

Entre unas cosas y otras, Evelyn, que inicia su adolescencia, atraviesa un período de devoto anglicanismo y se siente profundamente impresionado por la lectura del gran poema escatológico de Newman, *El Sueño de un Anciano* (LL 93). La de Waugh es una vida de alegrías, satisfacciones y emociones que dice ser profundas. Siente que casi todo es interesante y que todo el mundo le quiere.

En mayo de 1917 se trasladó a Lancing (W. Sussex) para continuar sus estudios. El lugar había sido elegido por su padre con el fin de consolidar en Evelyn los principios y prácticas *High Church*. El nuevo alumno tenía 13 años y con visión retrospectiva declarará más tarde que había terminado para él un largo y feliz periodo de infancia.

Como todos los jóvenes, debía crecer y educarse en algún sitio. Pero Lancing significó para Evelyn el preludio, y en parte la llegada, de una juventud azarosa. Los edificios nada familiares ni acogedores y la frialdad que lograban comunicar eran justamente lo contrario del clima hogareño en el que había vivido. Se unía a ello la sensación de no sentirse apreciado y la certeza de ser impopular.

Se encerró en sí mismo. «Las mejores horas de mi primer año transcurrieron en la biblioteca, la capilla y las clases» (LL 111). Había conseguido un cierto equilibrio entre el ambiente, los compañeros, sus convicciones y su sensibilidad. Pero consciente de sus cualidades le venció pronto el deseo de imponerse a los demás y de responder a la indiferencia y las críticas con una actitud retadora y a veces insolente, que dormía en el fondo de su carácter y no le dejaría nunca. Propiciados por las condiciones de la vida colegial se anunciaban también el alboroto de la inteligencia y la rebelión de los sentidos. Evelyn se hacía cada vez menos religioso.

La revista del colegio le cuenta entre los colaboradores más habituales e interesantes. Los artículos y editoriales que escribe expresan su mundo interior y manifiestan en letra impresa su capacidad de observación. «Sentí que tenía que escribir prosa o reventar». Pero le mueve asimismo un afán irresistible de sobresalir y la necesidad de afirmar, no siempre con total cordura, su innegable talento.

Cercano el otoño de 1920 hace su primera visita a Oxford. Entra fácilmente en sintonía con el *genio* de un lugar que le deslumbra desde el primer instante. Es como un momento de solaz y esplendor en medio de una situación anímica seriamente deteriorada.

A los 18 años se siente desgraciado y oprimido por emociones violentas, acciones ilícitas y remordimientos de conciencia. Habla incluso pomposamente de haber perdido su fe religiosa. «En las últimas semanas —escribe en junio de 1921— he dejado de ser cristiano. Me he dado cuenta de que durante los dos últimos términos académicos he sido un ateo en todo, excepto en el valor de confesármelo a mí mismo». No es fácil decir si sus palabras reflejan la realidad de su espíritu o si se trata de una nueva manera que ha encontrado para darse importancia. En cualquier caso atraviesa horas muy bajas y se refugia en la ilusión de ir pronto a Oxford, a la vez que en el último editorial que compone para la revista de *Lancing* (diciembre 1921) se declara, algo ridículamente, representante de una generación joven y desilusionada.

Oxford, 1922, Hertford College, estudios de Historia: este es el marco exterior de un emocionante tramo vital de emancipación psicológica. «En Oxford renací con plena juventud» (*LL* 171). Una pose de ligero cinismo unida a vagas profesiones de agnosticismo religioso parece dominar ahora sus actitudes y su conducta. Sólo su buen natural —casi siempre escondido— y un fondo tenue de sentido común que indica su mente clara le defienden de una completa disolución de personalidad. Poderosas fuerzas centrífugas operan en el fondo de su ser. Los aspectos más dramáticos de la crisis se esconden tras el agrado de vivir en Oxford, la atracción de los nuevos amigos y la posibilidad de dar rienda suelta a sus talentos expresivos. Los estudios de Historia son por supuesto lo menos importante. «Desde el principio —escribe— consideré Oxford como un lugar para ser habitado y disfrutado por sí mismo, no como preparación con vistas a otra cosa» (*LL* 171).

No es el único que piensa y actúa de ese modo. Buena parte de sus amigos sienten y hacen lo mismo. «La mitad por lo menos de los estudiantes —nos dice— eran enviados a Oxford como un sitio en el que crecer. Algunos se dedicaban a remar o a jugar cricket, otros se ocupaban

en ser actores o hablar en público, y otros simplemente en pasarlo bien. Yo sabía todo sobre las opiniones religiosas y políticas de mis amigos, sus asuntos amorosos, domésticos, pecuniarios y familiares, sus gustos..., pero hubiera juzgado de poca educación averiguar la carrera que estudiaban» (LL 172-3).

La galería de tipos que forman el mundo de amistades oxonienses de Waugh suministraría la clave, si el propio Evelyn no hubiera sido suficientemente explícito en sus confesiones, para conocer bien la vida que lleva en estos tres años. Es como un resumen de la humanidad. Estetas decadentes y corrompidos, literatos intelectualizados, y jóvenes con aspectos de carácter que se dirían satánicos, se mezclan con amigos de espíritu noble que le recuerdan y a veces despiertan sus dormidos sentimientos religiosos. Ha comenzado también la preferencia de Waugh por las clases altas, que le acompañará durante toda la vida y permitirá describirle o insultarle, según los casos, con el apelativo de snob.

Su personalidad se ha deteriorado y su alma es un escenario de desolación. Oxford podría ser la primera gran desilusión de su vida. En todo caso el lugar ya no da más de sí. Los padres y Alec, el hermano mayor, no son capaces de reconocer en Evelyn al joven afectivo y generoso que ha sido siempre. Las cartas de este tiempo hablan de un hombre avergonzado de sí mismo. La historia no le interesa y está ya claro que abandonará Oxford sin graduarse. Evelyn no se recata de aludir a su «tragedia» y a la increíble depravación moral de este período. Se va de Oxford en primavera de 1924 y en un gesto que parece de catarsis destruye el diario de estos años, confidente indiscreto de sus demasías.

Los detalles de la vida y trabajos de Evelyn Waugh son probablemente conocidos con más exactitud y en mayor número que los de cualquier otro escritor moderno. Las cartas y los diarios resultan una fuente inapreciable a pesar de las reservas con que es aconsejable leerlos. Se dice con exageración y algo en broma que Waugh escribía sus cartas por la mañana, con la claridad mental propia de esas horas iniciales del día, y que redactaba el diario por las noches, en estado muy próximo a la borrachera. El hábito de beber que comenzó en Lancing y consolidó en Oxford nunca le abandonó o, mejor dicho, Waugh jamás quiso o pudo abandonar el alcohol. En cualquier caso, tanto cartas como diarios sufren ligeramente de una tendencia a amplificar y deformar, muy en consonancia con la teatralidad que caracterizó crecientemente a su autor.

«El mismo día que dejé Oxford —escribe en la Autobiografía— reanudé mi diario y lo mantuve desordenadamente durante los dos años siguientes. Revela un personaje más cálido y atractivo que su predece-

sor. La actitud de suficiencia ha desaparecido y con ella gran parte de la malicia. Pero la lectura resulta deprimente, porque en contraste con la historia de éxitos de Lancing, es un registro de continuo fracaso» (LL 209).

Waugh se refiere a las numerosas ocupaciones que comenzó e interrumpió desde 1924 a 1929, con la esperanza de ganarse la vida y emplear su talento lo mejor posible. A lo largo de estos años se matriculó en una escuela de arte con la idea de ser pintor, buscó un puesto de secretario, quiso aprender el oficio de impresor, pensó en hacerse presbítero anglicano, trabajó como periodista en el *Daily Express*, ingresó en un departamento de carpintería, y se decidió finalmente por la enseñanza como solución desesperada.

La escena cambiante de su actividad expresa en definitiva un carácter frívolo e inestable, y una carencia de cualidades morales que le impide la continuidad en cualquier trabajo (cfr. Entrevista 147). Los incesantes cambios le parecerán más tarde como intentos fallidos de escapar a su destino literario, para dedicarse a tareas manuales más agradables pero menos apropiadas en su caso (LL 190).

Significado especial tuvo para Evelyn su dedicación de profesor en tres colegios privados. Con este oficio dice haber descendido al «bajo mundo» al que le estaba destinado descender por un tiempo (LL 84). «Solo quedaba una profesión abierta a un hombre de mis condiciones. Por incompleta que fuese mi educación, disolutos mis hábitos y escasas las personas que pudieran recomendarme, los colegios privados ofrecían un lugar a cualquiera que hablara sin acento y hubiera atravesado la rutina de una escuela pública y de la universidad. La idea de mí mismo como profesor me resultaba completamente absurda, pero me acordaba de las extrañas figuras que habían pasado por mi colegio de Heath Mount» (LL 215). Fue así como se decidió a buscar una plaza en un colegio de Gales, cuyo director sólo le preguntó –según él– si tenía traje de etiqueta para cenas. Al poco tiempo estaba «a cargo» de una clase, aunque confiesa que «estar a cargo» no era la expresión adecuada y que más exacto sería decir «enfrentado con» o «expuesto a».

Es una época de vacío en la que no faltan ribetes trágicos. A finales de 1925, Evelyn realiza un intento de ahogarse en el mar. ¿Trató verdaderamente de suicidarse? Su situación anímica hacía posible casi todo. Pero el hecho no se consumó y la crisis termina en un recommienzo de la vida que busca sentido. 1926 transcurre con relativa normalidad. Le interesa de nuevo el arte, y de hecho los temas artísticos llenarán exclusivamente sus ocasionales escritos hasta 1928.

Ha conocido mientras tanto a Evelyn Gardner (Evelyn es en inglés un nombre a la vez masculino y femenino) y se han prometido en el invierno de 1927. Se abre un tiempo de sucesos que pueden ser importantes para su futuro inmediato.

La editorial Duckworth le encarga una biografía del poeta y pintor prerrafaelista Dante Gabriel Rossetti. Al mismo tiempo Waugh comienza a escribir *Decline and Fall*, que será su primera novela. Va a contar en ella en clave satírica sus recientes experiencias como profesor. En estos meses conoce a Olivia Plunket Greene (1907-1955), que ejercerá enseguida una eficaz influencia en la evolución religiosa de su agitada vida.

Ha terminado la biografía de Rossetti, cuya personalidad errática y versátil parece ejercer considerable fascinación sobre Evelyn. Nuestro joven autor advierte tal vez en el prerrafaelista mucho de sí mismo. *Decline and Fall* (*Decadencia y Caída*) aparece en septiembre de 1928. Ha sido escrita en seis semanas y aunque sólo se venden dos mil ejemplares la novela ha convertido a Evelyn de la noche a la mañana en un escritor conocido. Evelyn ha conseguido que el lenguaje común de la obra se haga un lenguaje revelatorio del carácter de la sociedad que pinta. La sátira reflejada en la novela ironiza sobre el poder del dinero y la anemia de la enseñanza privada inglesa, y contiene una filosofía latente de la vida encerrada en términos que parecen simplemente fantásticos y triviales.

Es éste el momento de la vida de Waugh en el que instintos conservadores, que estaban ya antes presentes de incógnito en sus ideas y modos de percibir e interpretar la realidad, comienzan a tomar forma y a manifestarse. Waugh se siente ahora comprometido con ideas serias. Su estilo de inconformista y su amable insolencia encubren convicciones que no quiere dejar de expresar. Desde ahora escribirá siempre no por escribir, sino para decir algo. Ha nacido el escritor y se perfila simultáneamente el intelectual que hay en él. El anarquista retrocede a un segundo plano.

El periodismo que escribe en estos meses intenta ser la crítica que una juventud sensata dirige, en estilo moderno, desgarrado y popular, a una generación madura, decadente y que se resiste a marcharse. «Observo ciertas tendencias comunes que pueden ser llamadas Espíritu de la época —dice en 1929—. Una es la tendencia a sentirse aburrido de los problemas del sexo y del socialismo que han ocupado tanto a la gente mayor...; otra es la disposición a mirar con seriedad experiencias espirituales y formas más disciplinadas de religión...» (*Too Young at Forty*, «Evening Standard», 22.1.29).

En junio de 1928 ha contraído matrimonio con Evelyn Gardner —«una especie de matrimonio», explicará en 1962 (Entrevista 148)—. La frivolidad e indiferencia con que Waugh alude a la boda en su diario no indican en modo alguno la seriedad con la que ha decidido este importante acontecimiento de su vida. Pero el matrimonio fracasa. La biografía de Christopher Sykes (1975) no arroja luz alguna sobre la crisis y el propio Evelyn se resistió siempre a explicar el triste suceso, cuyas causas últimas y pormenores han quedado encerrados en la intimidad de los protagonistas.

Es conocida, sin embargo, la infidelidad de la esposa, que produjo en el joven Waugh un sentido de amargura y humillación profundos. El tema de la esposa infiel reaparecerá frecuentemente en sus novelas. Abandonado por la mujer en julio de 1929, Evelyn no quiere consolar-se. Parece que se recrea en su infortunio, hasta que llega un momento en el que, con una postura muy típica de su carácter, *decide* no sufrir más por Evelyn Gardner. Ha actuado su notable capacidad de distanciarse de sí mismo para verse claramente, juzgarse con frialdad y adoptar en consecuencia el curso de acción más oportuno.

En enero de 1930 tiene lugar el divorcio civil y comienza para Waugh un año decisivo que va a dividir su existencia en dos mitades. Ha tomado una determinación, esta vez la de convertirse al Catolicismo, y ha comenzado a instruirse en la fe de la Iglesia con el jesuita Martin d'Arcy. La conversión tuvo lugar el 29 de septiembre y fue considerada siempre por Waugh como el suceso más importante de su vida.

No resulta fácil trazar la historia de este paso espiritual. Que Waugh mantuvo en todo momento un fondo religioso es evidente. Que el anglicanismo de su juventud se hallaba desprestigiado ante su sentido de cristiano y su inteligencia parece también innegable. No debe descartarse la influencia más o menos directa que algunas amistades pudieron tener en dirigir su atención hacia el mundo y la fe católicos⁴. En cualquier caso, la conversión no fue mera consecuencia del desconsuelo sentimental causado por la ruptura de su matrimonio, ni estuvo provocada por un atractivo estético hacia lo católico-romano, y mucho menos por admiración hacia sus amigos aristócratas de ascendencia católica.

4. Especialmente Harold Acton, Hugh Lygon y los hermanos de éste. En abril de 1948, Waugh escribe a Lord Acton: «mis simpatías siguen donde tú las estableciste, con Frith y el Papa de Roma...» (Letters 277). Hugh Lygon, hijo del marqués de Beauchamp, inspiró a Evelyn aspectos de la figura de Sebastián Flyte en «*Retorno a Brisdeshed*».

Waugh decidió seguir su razón y no sus emociones. Bajo esta perspectiva describe la conversión del padre D'Arcy cuando observa que «Evelyn nunca habló de su experiencia ni de sus sentimientos. Venía a aprender y entender lo que los católicos aceptamos por la fe como Revelación de Dios, y este hecho hacía de las conversaciones con él un interesante diálogo basado principalmente en la razón. Nunca en mi vida me he encontrado con un converso que apoyase tan sólidamente en la verdad su asentimiento religioso» (cit. M. Amory, *Letters*, 45).

Un hombre religioso ha encontrado por fin el consuelo de una Iglesia, de la Iglesia. Comienza para él un proceso en el que conseguirá hacer de la religión cristiana un hondo principio personal y un compromiso definitivo. El novelista Anthony Burgess ha escrito de Waugh «Por ser yo un católico de nacimiento, tiendo simultáneamente a despreciar (siempre injustamente) y a envidiar (a veces con razón) a hombres como Evelyn Waugh que, con serena lógica de siglo XVIII, vienen a la Iglesia después de algo así como una educación inglesa genuina... Pienso que es tener lo mejor de dos mundos» (cfr. *Encounter*, dic. 1964, 68).

Desde el colapso en 1929 de su breve matrimonio hasta 1937, la vida de Waugh carece de centro material fijo y es prácticamente una suma de viajes, interrumpida por estancias de corta duración en Inglaterra.

En invierno de 1930 viaja a Abisinia como corresponsal del *Times* para cubrir la coronación de Haile Selassie. Este primer contacto con Etiopía producirá el libro de viajes *Remote People* (1931) y la novela *Black Mischief* (1932), basada directamente en la experiencia de su gira africana. El viaje se prolonga con una visita a las colonias inglesas de East Africa.

El retorno a Inglaterra es ocasión de intensa vida social y nacimiento de nuevas relaciones, casi todas de clase alta. Evelyn es ya un hombre famoso y desprecia a los que le califican de *snob*. Conoce a Lady Diana Cooper, que llegará a ser una de sus más hondas y duraderas amistades, y hace su primera visita a Madresfield, residencia de la familia Lygon. Madresfield se convertirá en el único centro estable de sus movimientos durante estos años y le servirá de modelo para la mansión que será Brideshead en la gran novela de 1945.

Waugh cree a veces sentir la apetencia y también la necesidad de una cierta rutina serenante y pacificadora. Pero los viajes no cesan. En otoño de 1932 emprende una larga incursión por la Guayana Británica y Brasil, que dura hasta febrero de 1933. Explica sus deseos de viajar y moverse como una manifestación de su curiosidad por lugares y su in-

terés por estudiar la naturaleza humana en ambientes poco conocidos. Reconoce asimismo que necesita experimentar algún riesgo físico y tomarse unas vacaciones de su propia vida. Debía pensar también que el cerrado ambiente de la sociedad londinense que frecuentaba podía impedir el desarrollo de sus cualidades artísticas e intelectuales. Necesitaba espacio, materia prima para su imaginación, y un conocimiento mayor del mundo y de los hombres que le permitiera expresar con amplitud sus convicciones y su visión de la vida.

A partir de 1933 se interesa más en política y en religión y se ve a sí mismo como propagandista de las causas en las que cree. Está convencido de que oponerse a todo lo que pueda ser destructivo de la civilización es un deber, y que «existen todavía cosas por las que merece la pena combatir». Comienzan a diseñarse en Waugh los rasgos de oposición y moderada intolerancia que le acompañarán de ahora en adelante hasta el fin de su vida.

La seguridad en sus convicciones y la conciencia de una identidad espiritual no son únicamente factores que vertebran la conducta intelectual y las expresiones artísticas de Evelyn sino que suministran también la clave para apreciar la unidad de su obra literaria. En Evelyn Waugh no existen dos autores: el frívolo y el serio. Existe solamente un autor que medita sobre la realidad, que se considera un pensador además de un artista, y que usa el humor como modo alternativo de ver el mundo «*sub specie aeternitatis*». Porque con el humor y la sátira se presentan las cosas graves, en función del público, como si fueran triviales, y se denuncia la seriedad aparente de lo que en último término es sólo pasajero o nocivo. Waugh practica la ironía escatológica.

Que nuestro autor no ha dejado de ahondar en su cristianismo y que lo considera como un camino completo de vida se demuestra con claridad en la biografía del mártir inglés Edmund Campion (†1581), escrita en 1935. Edmund Campion es un libro «confesional» en el que Waugh declara inequívocamente a través de su narración que para él el Catolicismo representa la Verdad y no un idealismo más entre otros posibles. La obra señala una cima, que nunca será abandonada, en el compromiso religioso de su autor. Waugh adopta prácticamente con esta obra la misma visión de la historia de Inglaterra mantenida por Belloc. Podría muy bien haber repetido con éste: «*Être catholique, c'est tout*».

La perspectiva ofrecida por el autor de la vida de E. Campion no es, sin embargo, exclusivista. El mártir inglés posee cualidades de absoluto y puede ser apreciado en ellas y por ellas desde cualquier punto de vista honesto y cualquier creencia religiosa sincera.

Resuelto en 1935 el proceso eclesiástico de nulidad de su primera unión, Waugh decide casarse con Laura Herbert, a la que trata desde 1933. Se habían conocido en Italia con motivo de unas vacaciones europeas del escritor. Laura era hija de Aubrey Herbert, hijo segundo del conde de Carnarvon. Los encantos de la esposa, trece años más joven que Evelyn, se han reforzado probablemente a los ojos de éste con el atractivo de su parentesco nobiliario.

Waugh había hecho a Laura en la primavera de 1936 proposición formal, contenida en una larga carta donde con su típica objetividad trazaba los rasgos más salientes de su carácter. «Soy inquieto, algo raro, misantrópico y perezoso... Pienso sin embargo que soy capaz de hacer un esfuerzo y reformarme y llegar a ser muy estricto en no beber, y estoy desde luego seguro de que te seré fiel como marido. Soy muy inteligente y podré ganarme bien la vida de un modo u otro» (*Letters* 104). Habla también de su mal carácter y se describe como «celoso e impaciente».

Se deduce de las relaciones mantenidas en estos años que Laura ha aceptado ya a su futuro cónyuge y que le conoce casi tan bien como él se conoce a sí mismo. Es una mujer «más joven, más valiente y con menos imaginación que yo», dice Evelyn (*Letters* 236). Católica, serena y lista, Laura no tiene ambiciones culturales. Es razonablemente trabajadora y Waugh está convencido de que hará una excelente madre de familia.

La boda tiene lugar en abril de 1937 y la pareja se traslada a vivir a Piers Court, una casa situada en Stichcombe (Gloucestershire), regada por los padres de Laura. Waugh ha decidido iniciar un nuevo período de su existencia, ahora como hombre casado, padre y propietario (cfr. *Letters* 114). Se ve tal vez como un antiguo hidalgo católico, aislado voluntariamente en el campo, y protegido no ya de las abrogadas leyes penales sino de la «era del hombre vulgar». Se trata de una conjetura. Pero es un hecho que el Catolicismo se ha asentado sólidamente en su vida y que lo que era una visión del mundo intelectualmente satisfactoria adquiere importancia personal creciente.

Waugh desarrolla por este tiempo una intensa actividad periodística en la que toma postura acerca de cuestiones políticas, religiosas y culturales. Llama por eso la atención que la guerra civil española no provocase en él artículo alguno, recensión o carta. El único juicio directo sobre la contienda que tantas emociones y escritos desencadenó en Europa es su breve respuesta a un cuestionario de 1937. A la pregunta: «¿Está usted a favor o en contra de Franco y el Fascismo?», nuestro es-

critor contesta que «no consigue decidirse a elegir entre dos males». Sus silencios sobre la guerra española disgustaron a bastantes amigos que creían conocer sus convicciones y muchos atribuyeron la resistencia a pronunciarse al simple y comprensible deseo de proteger las ventas de sus libros. El carácter radicalmente no oportunista de Waugh hace pensar no obstante que no sentía en verdad grandes simpatías hacia el nuevo régimen autoritario español.

Teresa, la primogénita, nace en mayo de 1938. Waugh visita poco después Hungría y en otoño marcha a México con el encargo de escribir un libro crítico sobre la realidad política mexicana y las consecuencias negativas de la revolución. Producto de este viaje es el ensayo *Robo Legal* (*Robbery under the Law*), que contiene descripciones vigorosas e importantes afirmaciones. A pesar de ello —tal vez a causa de ello— la obra hubo de padecer el boicot de la *intelligentsia* izquierdista, dominante en los medios culturales.

Robo Legal representó en cualquier caso un acontecimiento literario con repercusión política. Era el primer libro moderno sobre México en el que se contaban hechos verdaderos y se expresaban juicios no convencionales sobre los ruinosos experimentos del presidente Cárdenas en materias de reforma agraria, industria y educación. Fueron muchos los que no pudieron perdonar a Waugh un relato escrito sin servilismo ni genuflexiones a la revolución mexicana.

La guerra entre los Aliados y el Eje no dejó una huella corriente en la existencia de Evelyn Waugh. Inglés hasta la médula y cristiano por convicción, vivió intensamente el conflicto no sólo en sus aspectos bélicos sino también y sobre todo en sus dimensiones ideológicas. Hasta la invasión de Rusia por los ejércitos de Hitler en junio de 1941 y la consiguiente modificación de alianzas y frentes militares, nuestro autor entendió la guerra como la inevitable confrontación entre dos concepciones opuestas de la vida humana: la totalitaria, representada por la Alemania nazi y la Rusia de Stalin, aliados desde agosto de 1939 por el pacto Ribbentrop-Molotov, y la occidental, que a pesar de contradicciones y defectos encarnaba todavía los valores de la libertad y del espíritu. Convicciones intelectuales de hondas raíces conforman aspectos vanos de un alma romántica y son por un tiempo fuerza motora de impulsos encendidos e iniciativas en estos años dramáticos.

Evelyn desea entrar en el ejército como soldado raso (cfr. *Diario* 27.8.39). No quiere ocupar ningún puesto en la burocracia que el servicio de la acción bélica opera en retaguardia. Después de muchas gestiones consigue ser admitido en el cuerpo de Royal Marines llamado

«The Halberdiers». El clima general del país es de duda, peligro y sufrimiento. Para Waugh es «un tiempo de gloria y entrega» (cfr. *Men at Arms*, ed. Penguin, 62). Entusiasmo y sentido de dedicación le ayudan a sobrellevar con calma los rigores que su entrenamiento y aprendizaje de oficial exigen.

Las cartas de estos meses son casi exclusivamente para Laura y muestran un aspecto del hombre observado hasta ahora por muy pocos. Son misivas tiernas que reflejan ideales e impaciencia creciente por no verse frente al enemigo. A partir de cierto momento acusan un cierto desencanto. Nombrado capitán, Evelyn participa finalmente con su unidad en una expedición a Dakar, que resulta en fracaso. Sigue luego un traslado de cuerpo, y después de una breve estancia en Egipto interviene, dentro de los Comandos, en la batalla de Creta (mayo de 1941). Fue su primera experiencia verdadera de acción bélica, Evelyn se comportó con valor y sangre fría.

Pero un cambio se ha operado en su ánimo. «Uno va a la guerra por razones de honor y se encuentra enseguida llamado a realizar acciones muy poco honorables —había escrito a Laura en septiembre de 1940—. No me gusta el papel de los Comandos en esta guerra ni me gusta la guerra misma, pero deseo estar en Europa combatiendo a los alemanes» (*Letters* 141). Después de Creta su malestar se acentúa y dice a su mujer: «he decidido que abomino de la vida militar» (*Letters* 153).

No es solamente el descorazonamiento por una vida castrense pragmática y algo cínica lo que desmejora sus afectos hacia el ejército. El hecho de que Rusia ha devenido aliado de Inglaterra le resulta abominable y se halla en la base de su decepción. Es como si hubieran desaparecido prácticamente las fronteras entre el bien y el mal. 1942 es a pesar de todo un año aceptable, que Evelyn pasa en Inglaterra, ocupado de modo intermitente en sus novelas y en su familia. Margaret, que será la hija favorita, nace en junio. Sigue a Auberón, nacido en noviembre de 1939.

La entrada del diario correspondiente al 28 de octubre dice así: «Mi 39 cumpleaños. Un año excelente. He tenido una hija, he publicado con éxito un libro (se refiere a *Put out more flags*), he bebido 300 botellas de vino y fumado más de 300 puros habanos... Tengo 900 libras en metálico y no muchas deudas. Mi salud es buena excepto cuando la acomete el alcohol. Tengo una mujer a la que amo y un trabajo agradable en un escenario de gran belleza. Es tanto como uno puede esperar».

Una serie de circunstancias externas acompañan y aceleran la *desmovilización* interior de Evelyn. En julio tiene que dimitir de su empleo

en los Comandos y aunque en octubre se traslada a un nuevo cuerpo parece que le han desaparecido los deseos de combatir. Otros acontecimientos han hecho mientras tanto de 1943 un tiempo destacado en su vida espiritual. Sufre el impacto de dos experiencias cruciales. Una es el fallecimiento de su padre, que le conmueve profundamente y eleva su vida a un nuevo nivel de responsabilidad. La segunda es la conversión de Hubert Duggan en el lecho de muerte. Hubert es un viejo amigo de Evelyn al que éste logra situar «in extremis» ante la perspectiva de su destino último. Quedará tan impresionado por este suceso que la escena reaparecerá en la muerte *cristiana* del marqués de Marchmain, de *Retorno a Briseshead*. A principios de 1944 ha obtenido precisamente un largo permiso con el fin de escribir esta novela, que desde hace algún tiempo lleva en la cabeza.

En septiembre va a Yugoslavia con Randolph Churchill, hijo del primer ministro, como miembro de la Misión militar que representa a los ingleses ante los partisanos de Tito. Los últimos meses de la guerra mundial serán para Evelyn, establecido en Dubrovnik, un tenso periodo en el que verá definirse y avanzar la marea totalitaria ante la pasividad de su propio gobierno. Han comenzado en Croacia las presiones sobre la Iglesia, que pronto se convertirán en abierta persecución y finalmente en martirio. Waugh es un incómodo observador que antes de finalizar 1944 será removido de Dubrovnik a petición de los comunistas.

El dos de marzo de 1945 obtiene una audiencia con Pío XII para informar directamente al Pontífice sobre la suerte que amenaza a los católicos yugoslavos. Dirigido al gobierno inglés, escribe simultáneamente un largo y detallado informe que es ignorado como contrario a la política oficial del momento.

Waugh ha sido testigo inmediato de un pequeño episodio en la extensa tragedia que sume a toda la Europa del este en una nueva y terrible situación. Es un hecho que informará su vida y sus escritos durante bastantes años, y que contribuye en 1945 a que la guerra se cierre para él con una impresión de balance negativo en contra de Occidente.

Licenciado del ejército en septiembre de 1945, Waugh reanuda su vida en Piers Court. Cuando fue movilizado en 1939 tenía una hija pequeña. En el momento de su definitivo «adiós a las armas» preside una familia de tres hijas y un hijo. Entonces era un novelista conocido. Ahora es un autor mundialmente aclamado. No se ha modificado su deseo de vivir alejado de Londres, que simboliza la moderna civilización en todo lo que posee de irritante y mezquino. Tal vez se le podría aplicar la observación que hace a propósito de Guy Crouchback, prota-

gonista católico de la novela autobiográfica *Men at Arms* (1952): «deseaba con frecuencia estar viviendo en los tiempos de persecución, cuando Broome había sido un solitario lugar de Fe, rodeado de extraños» (ed. Penguin, 16).

La vida relativamente apartada de Evelyn corresponde, sin embargo, a un momento de extraordinaria expansión anímica y desde luego a una fase de creatividad. Ha descubierto que su oficio de escritor ha de ser considerado y vivido como una vocación, según el sentido personal que atribuye a este término. Lo que expresará más adelante en *Helena* (1950), que es su única novela histórica, se encuentra presente ya a partir de ahora en su espíritu y en sus intenciones. Vocación es para Evelyn la conciencia de tener que realizar una tarea concreta, hacia cuya determinación y logro convergen paulatinamente todos los eventos significativos de la propia existencia.

Considera que su vocación radica en escribir con perfección artística acerca del hombre y de su relación con Dios. Transmitir el mensaje es inseparable, para él, de la preocupación por consumir el estilo. Actualiza probablemente una antigua vivencia personal reflejada en el diario de 1920 después de visitar a un mentor artístico de su juventud: «parece que si uno ha de hacer un buen trabajo debe entregar a éste toda su vida» (LL 147).

Es evidente que la guerra ha producido en Waugh un profundo cambio y que *Retorno a Brideshead* es el monumento testimonial de esta transformación con la que el novelista pretende ser más él mismo. La novela se subtitula «Memorias sagradas y profanas del capitán Charles Ryder». El relato está escrito en primera persona, y el narrador, Charles Ryder, cuenta la historia de la familia Flyte, en cuya intimidad ha entrado a través de Sebastián, el hijo segundo, y de Julia, una de las dos hijas. El novelista busca estudiar la «operación de la gracia» —son sus mismas palabras— sobre una familia creyente, que simboliza de algún modo la Iglesia militante en su llamada y en sus dificultades para escucharla y seguirla, en sus *cartas buenas* para la vida y en sus riesgos.

Junto a un sentido de destino personal, Waugh transmite un discurso impregnado de amable melancolía y algo de romanticismo, en el que —como ha escrito Malcolm Bradbury— se habla de «la inestabilidad del mundo, el fracaso de las aspiraciones humanas, la transitoriedad de cualquier construcción terrena y la omnipresencia del sufrimiento» (cfr. *Evelyn Waugh*, 1964, 86). Se ha reforzado en el autor la visión de los hombres, los acontecimientos y de las cosas *sub specie aeternitatis*.

Aunque no faltaron los críticos que descalificaron la obra como «propaganda religiosa», lo cierto es que Waugh consigue hablar tan objetivamente del catolicismo de los Flyte que la novela parece en ocasiones el relato levemente irónico de un incrédulo Ryder.

A pesar de las reservas con que el libro fue acogido por diversos sectores literarios y culturales incapaces de ver y entender la religión como parte de la vida normal de personas normales, Waugh se manifestaba en *Retorno a Brideshead* como un definitivo artista, insuperable en precisión y claridad dentro de la novelística inglesa.

Las ventas sobrepasaron los 600.000 ejemplares y ofrecieron a su autor la oportunidad de ascender a la escena pública como un abogado y representante de la causa católica. Pero la opción fue deliberadamente rechazada y Waugh continuó encerrado en su cuarto de trabajo, concentrando sus esfuerzos en la pureza de su inglés y la comunicación oportuna de sus juicios y convicciones. Sabe bien que la popularidad que disfruta puede fácilmente volatilizarse y en abril de 1946 llega incluso a decir que sus libros contendrán en el futuro dos elementos que los harán impopulares: «una preocupación por el estilo y el intento de representar al hombre de modo más completo, que para mí significa solamente una cosa: el hombre en su relación con Dios» (cfr. *Life* 8.4.46, p. 53).

El abundante periodismo que escribe a partir de 1946 se concentra en cuatro asuntos: Yugoslavia bajo Tito, como resumen y símbolo de las numerosas naciones tiranizadas por el comunismo; las reservas hacia la «nueva edad oscura» que es como un subproducto del mundo moderno; los problemas sociales de Inglaterra; y la Iglesia católica. El prestigio de que goza y la demanda de su firma le permiten elegir publicaciones, seleccionar temas y «ser todo lo veraz que quiero, en los términos que quiero».

Continúan los viajes. En 1946 recorre España, Irlanda y diversas partes de Estados Unidos. Se detiene especialmente en Hollywood y acumula motivos para nuevos libros. En 1947 son los países escandinavos. Los años finales de la década ven acentuarse en Waugh, que mantiene una guerra simultánea en varios frentes invisibles pero reales, un desgaste mental y un quebrantamiento incipiente de salud. La impopularidad creciente y el alcohol comienzan a dejar sus huellas. Le oprime también un cierto pesimismo que le lleva a considerar 1948 como uno de los años más negros en la historia de Europa.

No decae, sin embargo, en la manifestación de sus ideas. Lo hace, por ejemplo, con la pulcritud artística consumada de la novela america-

na *The Loved One* (1948), donde denuncia finamente la tendencia moderna a disfrutar los consuelos de la religión sin aceptar las creencias y compromisos que la religión implica, o con la crítica directa y sincera de un libro tan importante como *1984*.

Waugh no vacila en manifestar por carta a Orwell los reparos de fondo que advierte en su novela y que limitan a su juicio los grandes valores que *1984* representa. El libro es una contribución a la sanidad mental del hombre moderno amenazado por el colectivismo y la confiscación de personalidad, pero resulta vulnerable por su negación implícita de la inmortalidad, el trivial concepto de rebelión que contiene, y las infundadas críticas a la religión, que Orwell no consigue ver como un aspecto decisivo del bien común temporal (cfr. *Letters* 302).

Con el retrato que Waugh traza de «Gilbert Pinfold» en 1957 disponemos de una fidedigna y fascinante descripción de su compleja personalidad de novelista y de hombre al iniciar la década de los 50.

«Consideraba sus libros como objetos que hubiera fabricado, cosas externas a él mismo que otros debían usar y juzgar... Mr. Pinfold presentaba ante el mundo la mayoría de los atributos propios de la prosperidad... Desde la terminación de la guerra, su vida había sido estrictamente privada. En la pequeña comunidad rural donde vivía desempeñaba más bien superficialmente los deberes que podría haber estimado de su responsabilidad. Aportaba sumas adecuadas a los proyectos del lugar pero no manifestaba interés alguno hacia el deporte ni en el gobierno local. Tampoco tenía ambiciones de dirigir a otros o de mandar. Nunca había votado en una elección parlamentaria, aunque mantenía una peculiar ideología *tory*, que no encontraba representada en ningún partido político... Para los estrechos criterios de la época, sus hábitos de vida demostraban laxitud y sus declaraciones carecían de prudencia... Durante los últimos años no había hecho nuevos amigos y entre sus viejos conocidos creía detectar una cierta frialdad. Sus gustos predominantes eran negativos. Aborrecía los plásticos, Picasso, los baños de sol y el jazz, es decir, todo lo que de hecho estaba ocurriendo durante su vida. El tenue calor de la caridad que le venía a través de su religión sólo alcanzaba a moderar su disgusto y a convertirlo en aburrimiento... Había visto a hombres sensibles fabricarse disfraces protectores contra los ataques e injusticias de sus semejantes. Mr. Pinfold sufrió poco en este sentido. Había sido criado con ternura, y celebrado y reconocido muy pronto como escritor. Era su modestia la que necesitaba ser protegida y con este fin, aunque sin deliberación, asumió gradualmente un carácter histriónico. No era un sabio ni un soldado profesional. El papel que

adoptó fue una combinación de profesor excéntrico y de coronel impaciente, y lo desempeñó aparatosamente... hasta que llegó a dominar su entera personalidad exterior. Cuando dejaba de estar solo, cuando aparecía por su club o cuando subía al cuarto de los niños, se desprendía de una mitad de sí mismo y la otra crecía hasta ocupar todo el espacio de aquélla. Ofrecía así al mundo un frente de pomposidad, atenuado por la indiscreción, que era duro, brillante y anticuado como una coraza. Al final de sus cuarenta se había hecho perezoso se pasaba el día en un sillón. Comía menos, bebía más y aumentaba de peso» (cfr. *The Ordeal of Gilbert Pinfold*, ed. Penguin, 10-16).

El Waugh de este tiempo ha iniciado una cierta decadencia externa, reflejo de las tensiones que vive su espíritu. Es una figura enigmática de la que es difícil hacerse una idea precisa y completa. Se puede sospechar que el exceso deliberado de gestos y de teatralidad es un modo de manifestar juicios y sentimientos y, al mismo tiempo, de velarlos.

Se siente olvidado. Dice con gran hipérbole que le aburren los hijos. Se le acentúa una sordera que le impide hablar con otras personas en grupo, y le sugiere la extravagante idea de usar en público una trompetilla. Le dominan con alguna frecuencia momentos de depresión.

Durante un viaje por barco a Ceilán a comienzos de 1954 se desencadena una crisis psíquica en la que sus propios pensamientos se le figuran como diálogos que extrañas personas mantienen con él. Incapaz al principio de definir su situación, describe por carta a su mujer los fenómenos que experimenta y las voces que oye. «Hay en mi camarote períodos intermitentes de conversaciones por radio». «Soy víctima de un experimento en telepatía». «Todo lo que digo, pienso o leo es leído en voz alta por un grupo de psicólogos que me he encontrado en el barco» (cfr. *Letters*, 418-19).

La crisis de este tiempo fue relatada con detalle en la novela sobre Gilbert Pinfold (1957), que es una pieza maestra de auto-observación. Waugh permanece a lo largo de toda la narración perfectamente separado de sí mismo y cuenta lo que ve con la misma precisión y aplomo con que habría enumerado los pormenores de un edificio.

Las experiencias «Pinfold» no resultan de cómoda interpretación ni es necesario extraer de ellas grandes conclusiones. Malcolm Muggeridge, que conocía relativamente bien a Waugh sin ser amigo suyo, piensa que el episodio Pinfold-Waugh es la conclusión casi inevitable de la *mascaramada* en la que el escritor se había dejado envolver paulatinamente (cfr. *Muggeridge Ancient and Modern*, 1981, 242 s.). El crítico J.B. Priestly opina, menos amablemente, que el «ridículo» intento de imitar el estilo

y modo de vivir de un caballero noble en el campo había llevado a Evelyn al borde de la locura (cfr. *New Statesman*, 31.8.57, 224).

Pinfold es únicamente un destello, un *flash*, de la personalidad de Waugh. Ambos personajes no deben ser mezclados hasta el punto de confundirse en uno solo. Superada la crisis, Waugh reanuda su vida acostumbrada. En 1956 cambia de casa. Se ha cansado de habitar Piers Court y compra una mansión en Taunton (Somerset), llamada Combe Florey: «Esta es la casa donde moriré» (*Letters* 476).

Por este tiempo han disminuido sus ingresos novelísticos y encuentra obstáculos para escribir periodismo bien retribuido como en años anteriores. El mundo cultural le hace el vacío. Las opiniones no convencionales que ofrece no están de moda y, contrariamente a lo que ocurre hoy, no existen en ese momento publicaciones dispuestas a recogerlas. Hostigado desde lugares diversos, Waugh reacciona típicamente con una actitud de desafío, una escalada en la contundencia de sus juicios y un exceso de lógica que dificulta el compromiso.

En abril de 1959 vuelve de Rodesia, a donde había ido con el fin de recoger materiales e información para la biografía de Ronald Knox, que fue para él un deber de amistad. Su vida tiene ahora ambiente de crepúsculo. No logra encontrar interés en las cosas que hace. A pesar de las flaquezas que advierte en sí mismo se considera, y es, un cristiano. «Dios se lleva el atractivo de los asuntos humanos para darnos la oportunidad de ver más claramente nuestro destino eterno», ha escrito en octubre de 1958. A la vez que compone el último volumen de la trilogía militar «*Sword of Honour*» —la mejor novela sobre la 2ª guerra mundial— piensa con frecuencia en la muerte. «Mi funeral no puede estar lejos...» (*Letters* 599).

Todavía le quedan arrestos para comenzar y concluir en 1962 la primera parte de su Autobiografía. Waugh no comparte la euforia que reina en el mundo de la Iglesia con motivo de la convocatoria y celebración del Concilio. Es un delicado capítulo en la historia del católico Evelyn que exige mayor detalle e interpretación de los que puede contener este trabajo. Son años difíciles en los que Waugh no sólo tiene que creer sin ver, como es propio de todo creyente, sino que debe amar y de hecho ama sin experimentar los consuelos sensibles del amor. Piensa a veces que frecuentar la iglesia se ha convertido para él en una simple rutina hecha por mero deber (cfr. *Letters* 639).

Muy pocos discutirán que la contribución más importante de Evelyn Waugh como intelectual y como artista ha sido permanecer racionalmente —no nostálgicamente— en contacto con los valores perma-

mentales de la civilización en la que vivía. Es comprensible que su reputación y su fama de escritor decayeran en una época igualitaria y de imaginación modesta. Pero su figura impuso siempre respeto por el coraje de sus afirmaciones, la calidad de su estilo literario y su capacidad de resistencia moral. La conciencia de su arte no le llevó a caer en la moderna idolatría de la creación artística ni se dejó vencer por el elemento demoníaco que se oculta detrás del impulso creador.

Sabía bien que algunos movimientos titulados modernos eran únicamente la vanguardia de la inhumanidad. Su anticonformismo presagiaba la contemporánea revolución conservadora y el presente ocaso del socialismo europeo. El diagnóstico actual del comunismo como una forma más de barbarismo asiático, extraño a la civilización y sensibilidad de Occidente, fue anticipado por él.

Evelyn Waugh reaparece hoy en sus escritos como una de las voces más definitivas y claras de este siglo a favor de una sociedad de hombres e iniciativas libres.

Murió en Combe Florey el 10 de abril de 1966.

Graham Greene escribió la nota necrológica publicada en *The Times*. «Evelyn Waugh —decía— fue el más grande novelista de mi generación... El y yo estábamos profundamente divididos en lo político e incluso en nuestra concepción de una misma Iglesia, y hubo momentos en los que algunos periodistas populares intentaron provocar enfrentamientos entre nosotros. Pero él poseía una inalterable lealtad hacia sus amigos, aunque a veces tuviera que repudiar sus opiniones y sus acciones».